



XIV

La carga.

—Mi opinión, caballeros—dijo Lagardère, ya en Consejo,—es que España no está dispuesta y apercebida para la guerra. Felipe V se ha dormido. Alberoni intriga con la Reina. Su sostén más firme á estas horas es un miserable que se llama Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga.

Al pronunciar estas palabras, que no fueron contestadas por nadie, sus ojos lanzaban rayos, y su mano se crispó sobre el pomo de su espada; pero se serenó inmediatamente y prosiguió:

—¿Os placaría, señores, cenar mañana en Fuenterrabía, y pasado mañana en San Sebastián?

—Quizás sea ir demasiado deprisa—objetó Conti.

—Hay que operar pronto y decisivamente— replicó Lagardère.—Las primeras tropas españolas se dirigen lentamente hacia las Vascongadas. Derrotémoslas antes de que se den cuenta de que estamos encima.

—¿Y luego?

—En el Alto Aragón y al Norte de Cataluña no hay un soldado. Podemos en ocho días dominar la frontera.

—¡Se terminó el Consejo!—dijo el Capitán general.—¡Gracias, caballero de Lagardère!

Al día siguiente después del desayuno la caballería francesa pasó el Bidasoa vadeándolo, y fué á formarse en batalla á dos ó tres tiros de mosquete de Fuenterrabía.

La villa tenía escasa guarnición, y sus habitantes no parecían muy dispuestos á ayudarla. De todos modos, el fuerte de San Telmo no podía entregarse sin disparar algunos cañonazos. Así lo hizo; pero las balas apenas alcanzaban hasta el lugar ocupado por los franceses.

—¿Efectuará hoy sus pruebas el *Real-Lagardère*?—preguntó el Mariscal.—Señor caballero, hay que tomar la villa.

--El *Real-Lagardère* no operará solo hoy--respondió el caballero festivamente.—M. de Riom y yo vamos á abriros las puertas de la plaza. Ya que no pude aceptar servir á sus órde-

nes, me consideraré á lo menos muy dichoso pudiendo hacer algo á su lado.

El conde de Riom era sobrino segundo de Lauzun, y su notoriedad databa desde sus amoríos con la hija del Regente. Pero entonces llegó á ser todopoderoso en el Luxemburgo, y á pesar de su singular elevación continuó tratando afablemente á sus compañeros y á sus oficiales. Esto le conquistó simpatías que persistían á pesar de su alejamiento forzoso, tan semejante á su destierro de la corte. Algo también refluía sobre él de la gloria del hermano de su abuelo; y Lagardère, que sólo le conocía por sus aventuras con la duquesa de Berry, quiso agradecerle el cortés apresuramiento con que había deseado la víspera adherírsele. Riom era valiente, y sonrió ufano.

—Acepto con mucho gusto--se apresuró á decir,—con la sola condición de que mis tropas y yo nos pondremos á vuestras órdenes para el asalto.

Este arranque hizo mucha gracia al Mariscal y á su Estado Mayor, sin asombrarlos. En aquella época de futilidades cortesanas y amoríos el valor francés se había convertido casi en bravatas. Se estilaba mucho morir en un asalto pronunciando el nombre de la dama amada, y sobre el corazón solía llevarse una flor donada por

ella, para que la bala deshojase la prenda antes de partir aquella viscera en que los poetas hacen radicar el amor. Cuando la sangre la había enrojecido la enviaban al gabinete de la diosa para que sus labios pudieran besarla. ¡Heroísmo infantil, florido, rimbombante; pero sublime hasta en la guerra, en la cual morían pronunciando alguna frase ingeniosa y haciendo ostentación de sus amores!

Los señores de Riom y de Lagardère, espada en mano, dirigieron hacia la plaza charlando tranquilamente como si se estuvieran paseando por los jardines del Palacio Real. No pestañearon siquiera cuando á veinte pasos de los muros leves nubecillas de polvo marcaron en torno de ellos los sitios en que las balas de los mosquetes habían tocado. Lagardère alzó su espada saludando, y dijo al oficial que mandaba la guardia de la puerta:

—Hacednos el favor de comunicar al señor gobernador de la plaza que se sirva enviarnos un parlamentario. Le aguardaremos aquí diez minutos.

Y sentándose en una roca continuó su conversación con el conde de Riom como si no se tratase de cosa tan importante como la capitulación de una plaza fuerte.

En el plazó indicado un oficial español hallá-

base en su presencia. Lagardère no tomó aspecto fanfarrón, sino que, por el contrario, mostróse atento y cortés con el adversario. Pero, en cambio, su voz hízose firme y terminante, y sus argumentos no admitían réplica.

—Gracias por haber venido—dijo al parlamentario,—y gracias por evitarnos la obligación de sitiar la plaza. Sois doscientos apenas, y nosotros más de dos mil: tenéis malos cañones, y los nuestros, que son excelentes, pasan en este instante el Bidasoa. En dos horas pueden reducir á los vuestros al silencio. No tenéis cerca fuerzas españolas que puedan socorreros, y habéis hecho cuanto os era humanamente posible hacer para defenderos. Vuestro honor está á salvo. No queda á vuestro gobernador otro recurso que abriéndonos las puertas.

—Veamos las condiciones.

—La vida y los bienes de todos los residentes serán respetados. La guarnición será libre de ir á incorporarse al ejército en cuanto lo sean sus jefes y oficiales; es decir, en cuanto nos hayan honrado cenando esta noche con nosotros.

—¡Sois tan experto y habil diplomático como valiente caudillo!—interrumpió entusiasmado el conde de Riom.

—¿Para qué hacer víctimas y amontonar

ruinas sin necesidad?—exclamó Lagardère.—La villa no está en situación de defenderse. Y cuando el adversario es demasiado débil para defenderse, deja de ser enemigo.

—Y hasta puede convertirse en amigo—interrumpió el español tendiendo noblemente la mano al caballero, que se apresuró á estrechársela.—Tengo plenos poderes para abriros las puertas: venid.

Los señores de Riom y de Lagardère le siguieron, y de este modo fué tomada la plaza de Fuenterrabía por aquellos dos hombres.

Apoderarse de San Sebastián era más difícil.

—¿Operará hoy el *Real-Lagardère*?—preguntó el Capitán general al caballero.

—Sí—le repuso éste,—entrará en campaña si os dignáis dar la orden de empeñar inmediatamente la acción. Vamos á hacer apetito para la cena, y con el apetito vendrá la victoria.

Una división de caballería avanzó amenazando el grueso de las fuerzas españolas, en tanto que la artillería y la infantería dirigían sus movimientos contra la plaza. Enrique, seguido de sus tres hombres, iba al lado del príncipe de Conti hablando con él familiarmente.

—No hay que temer—decía el gascón á sus compañeros.—El pequeño, sin tener el grado, es

más general que todos los generales que hay en el ejército francés, sin exceptuar al mariscal de Berwick.

—Tienes razón—replicó Passepoil;—y verás cómo es él quien empieza el baile. ¡Y bailaremos á gusto!

—¡Ya lo creo! Pero ¡ojo alerta! ¡No vayamos á separarnos de él en la confusión de la sarracinal!

Los dos ejércitos estaban á quinientas toesas uno de otro, y los españoles, siempre animosos, se preparaban á atacar. De sus filas surgió brioso el antiguo grito de guerra.

—¡Santiago y cierra España! (1)

Y comenzó la lucha, formando un concierto ensordecedor los clarines y los gritos, el chocar de los aceros, los relinchos de los caballos y los ayes de los heridos. El primer regimiento español que cargó no sostuvo más que un momento el choque, y al retroceder descubrió una reserva importante con la cual no contaban los franceses. Al frente de ella, y al lado del jefe español, estaba Gonzaga. Al verle Lagardère lanzó una exclamación de amenaza, de cólera terrible, que dominó el estruendo del combate:

—¡Aquí estoy!...

(1) En español en el original francés.

No fué el Príncipe el único que oyó el grito y comprendió su significado. Un jinete que apareció detrás de una loma avanzó á rienda suelta hacia el ejército francés y exclamó:

—¡Héme aquí!...

Lagardère le reconoció en seguida.

—¡Chaverny!...

—¡Sí, yo soy!—gritó el Marquesito.—¡Aurora de Nevers está en la sierra de Gudar, y Gonzaga, allí; acabo de verle!

—¡Yo también! ¡Hay que cogerle vivo!

Y volviéndose á sus compañeros ordenó:

—¡Adelante!

Clavó tan violentamente la espuela en los ijares de su corcel, que éste se encabritó y quedó un momento en dos pies, inmóvil, como si fuera esculpido en bronce. El jinete, con la espada levantada, los cabellos flotantes, la mirada ardiente, rodeado de polvo y humo, presentóse á los ojos de los dos ejércitos como la personificación del dios de la guerra. De ambos lados quedaron inmóviles contemplándole. Cuando los titanes se baten, los enanos se inmovilizan.

Un huracán hizo retremblar el suelo; algo como una nube que se rompe en mil jirones, como una tromba que arrasa, rompe y abate, como torrente que inunda y arrastra, rayo que aniquila, viento, fuego, hierro, terror, asola-

miento, gloria. ¡La muerte que pasaba! ¡El *Real Lagardère* que cargaba contra la división española de reserva!

Rompió las filas españolas impetuoso y avasallador por el sitio en que había estado Felipe de Mantua. Ante aquel ataque furibundo, la caballería española volvió grupas, en las cuales se cebaban Chaverny y los tres compañeros de Lagardère.

Pero ¿y Gonzaga?

Al descubrir al caballero y oír casi en seguida las palabras de Chaverny, Gonzaga se había escapado, y corría por el llano á rienda suelta. Lagardère le entrevió por un instante, y gritó:

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!

Hizo saltar á su caballo entre los fugitivos, y ganó alguna ventaja sobre él; un poco más, y le alcanza. Ya estaba tan cerca de él, que con un esfuerzo más le obliga á volverse, á defenderse, y le mata, le mata sin piedad, cuando...

Entretanto los franceses apoderábanse de la plaza, haciendo prisionera á la guarnición. Hallaron sobre las murallas y en los fuertes los cañones españoles cargados, y Berwick quiso aprovechar la carga para barrer á la caballería española, ya en derrota. ¿Podían sospechar que Lagardère la estrechaba tan de cerca con sólo cuatro hombres? Chaverny, los dos diestros y el

vasco fueron envueltos en una nube de tierra levantada por una bala de cañón; sus caballos asustados echaron á correr sin obedecer al freno: cuando los cuatro jinetes lograron dominarlos volvieron á toda prisa en busca del caballero.

El caballo de Lagardère yacía muerto, horriblemente mutilado.

Chaverny, los diestros, Antonio, todos los oficiales, y el mismo duque de Berwick, que quería abrazarle ante todo el ejército como recompensa por su hazañas, le buscaron en balde.

El *Real-Lagardère* había perdido su jefe.



XV

La torre se derrumba.

Lagardère no había muerto: la caída sólo le dejó un poco aturdido, y al recobrar el sentido maldijo su mala suerte, que otra vez acababa de librar de su venganza á Gonzaga. Fuera insensatez perseguirle entonces, y le suponía muy lejos, aunque no podía precisar el tiempo que permaneció inerte. Creyó que Chaverny y sus compañeros se habían incorporado al ejército francés victorioso, y cuando se disponía á imitarlos recordó las palabras del Marquesito:

—Aurora de Nevers está en un castillo de la sierra de Gudar, en Aragón.

¡Al fin lograba averiguar el paradero de su amada! Decidió ir á buscarla. Francia no le necesitaba por entonces; y si no podía matar á Gonzaga, por lo menos mataría á Peyrolles. Un